Manuel Rueda. Nació en Monte Cristi en 1921. Estudió piano en Santo Domingo y Chile, donde pasó catorce años perfeccionando sus estudios. A su regreso al país dirigió el Conservatorio Nacional de Música, posición que ocupó durante veinte años. Es considerado como uno de los pianistas más importantes que ha tenido el país. Como escritor ha jugado un papel sobresaliente en el campo de la poesía, el teatro, la crítica, la narrativa. Ha publicado las siguientes obras: *Las noches* (1949), *La trinitaria blanca* (1957), *La criatura terrestre* (1963), *Teatro* (1968), *Adivinanzas dominicanas* (1970), *Conocimiento y poesía en el folklore* (1971), *Con el tambor de las islas. Pluralemas* (1975), *Por los mares de la dama* (1976), *La prisionera del Alcázar* (1976), *Las edades del viento* (1979), *El rey clinejas* (1979). Es coautor de la *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea 1912—1962* (1972). Ha sido galardonado varias veces con el Premio Nacional de Literatura en las áreas de poesía y teatro. Actualmente es Director del Suplemento Literario "Isla Abierta", del periódico "Hoy".

PRESENCIA DEL DICTADOR EN LA NARRATIVA DOMINICANA

MANUEL RUEDA

I

Si el fantasma de la opresión se ha levantado siempre en las encrucijadas de nuestra historia —llámense éstas período colonial, ocupación haitiana, o gobiernos de transición productos de asaltos al poder o de golpes de Estado— el Dictador, como imagen recurrente de nuestra realidad, ha sido otro de los azotes que ha tenido que sufrir el país en su largo período, que no termina todavía, en pos de su liberación.

Hecha a imagen de la omnipotencia divina, aunque en un plano eminentemente caricaturesco, la figura del Dictador busca asidero en períodos históricos conflictivos para emerger con la aureola del Salvador. La tierra que le da nacimiento es tierra asolada por plagas y catástrofes; la sociedad que lo acoge se debate en la miseria y en el desorden y, sobre todo, carece de impulsos regeneradores. Siendo como es, débil, halla en el Dictador las energías que necesita para recuperar las esperanzas perdidas. Es el encuentro con el Héroe, con el Benefactor y con el Padre, ayudado por sentimientos religiosos y heroicos que trascendiendo los límites humanos alcanzan niveles míticos en donde caben holgadamente la idolatría y el fanatismo.

De hecho las acciones dictatoriales acarrean períodos de holgura económica en donde florece, como si se tratara de un invento milagroso, la Paz. La paz es el gran invento y la gran panacea de las dictaduras. Pero esta paz conduce, por pasadizos secretos, a la pasividad de la muerte; y así desciframos el enigma que yace en el fondo de todos los gobiernos despóticos: su fuerza no es real, sino que está hecha de una suma de debilidades, siendo su vida un conjunto de innumerables muertes y claudicaciones.

Se nos presenta así que las necesidades de la colectividad son el pretexto que aprovecha el dictador para enaltecer su egolatría, para alimentar lo que se ha dado en llamar su "personalidad autoritaria". Enrique Salgado, en su "Radiografía del Dictador", puntualiza que tal etiqueta define no sólo a los dictadores sino a los que se encuentran a gusto bajo el orden dictatorial, agregando una cita de Duverger, quien asegura que al defender el orden social los dictadores se defienden ellos mismos.

Como la persuasión, o el cumplimiento cabal de las leyes, no entra en sus planes, la defensa del dictador queda asegurada por la implantación del terror y por el cumplimiento de unos caprichos que, por el solo hecho de su arbitrariedad, revelan el alcance de su omnipotencia. De más está decir que el objeto principal de esos caprichos será la vida misma del pueblo, a la que sólo concederá valor en la medida en que coadyuve a sus caprichos.

http://www.cielonaranja.com/ruedadictador.pdf

Períodos sucesivos de gestación, glorificación, desmembramiento y soledad, van marcando el tránsito de la dictadura; períodos de intensidad y duración variables, determinados por los pasos de avance y retroceso que aventura el pueblo enfrentado al grave dilema de su aniquilamiento o de sus luchas soterradas. Si el fenómeno presenta los incidentes de una lucha abierta, con las treguas consabidas, entre la fortaleza y arrogancia del amo y la sumisión y debilidad del pueblo, esta situación, inesperadamente reversible, depara sorpresas que sólo están determinadas en los impulsos colectivos que las rigen y por ese mecanismo pendular que regula los movimientos de la Historia.

Difícilmente podrá ser visto el Dictador como ente aislado. La tipología dictatorial, estudiada en las patografías exhaustivas de Julio César, Robespierre, Hitler, Franco, Mussolini, Stalin o Trujillo, arrojarán una luz menguada sobre el fenómeno del dictador en sus relaciones con el pueblo que lo sostiene o lo combate. El dictador sería entonces sólo un lado de ese triángulo que completan pueblo e Historia, en tensiones y distensiones sucesivas, tres puntos de un conflicto secular que hoy la Sociología explica como basamento de una ciencia donde evolución e ideología se mezclan de continuo, provocando transformaciones explosivas.

Con alguna frecuencia oímos decir que un pueblo tiene el gobierno que merece, frase determinista que no viene avalada por un estudio profundo de la realidad de los pueblos avasallados. El pueblo nunca es responsable de su miseria, la que le llega siempre de lo alto y que está determinada por un tipo de sociedad en la que trabajo y beneficio no son correspondientes y en la que el poderío de unos pocos se basa en la explotación de los más.

Es por lo que la dictadura es el imperio de la idea única, del dogma, de la imposición por medio de la fuerza y, en consecuencia, de la falta de alternativas. Esta petrificación en las nociones de valor, ya sean morales e intelectuales, determina una cierta rigidez psicológica en los detentadores del poder. Desde la ruralidad de algunos dictadores latinoamericanos ("El otoño del patriarca") hasta el dictador ilustrado ("El recurso del método") notamos que el esquema humano es rígido, carente de fluencia, y por ende de un simplismo irracional, irritante. La ilustración en el personaje de Carpentier es una hermosa cobertura que guarda relación, más que con el grado de inteligencia, con el status económico del que la exhibe.

Se hace notorio aquí que las infinitas variantes que confluyen para determinar esta especie, una vez cumplido el proceso dejan al sujeto expuesto a una finalidad inalterable: la de ejercitar sus propias y únicas convicciones y las de atender sus compromisos con un imperialismo que cobra en cuotas de oro y sangre el apoyo prestado.

Si examináramos los modelos de dictadores que hemos poseído en América, veríamos que existen en ellos, por encima de las condiciones intelectuales, del grado de inteligencia y del magnetismo más o menos acusado, una constante del carácter, una nivelación hasta la chatura en las acciones, una monotonía en los procedimientos, que terminan por hacer que los unos se nos aparezcan, cuando no como caricaturas, por lo menos como copias borrosas de los otros.

La maldad, en consecuencia, en el plano de las acciones inmediatas, no sería más que una gran falta de imaginación, similar al bien pasivo que en el plano de las abstenciones sólo aspira a la aceptación del destino. El mal absoluto y el bien absoluto son, dentro de su unicidad, una y la misma cosa: cierran el círculo de lo posible (ver teoría de Sartre sobre la santidad de Jean Genet).

De aquí se desprende el mito de la munificencia de los dictadores, llamados también Padres y Benefactores. Es el mal ejercitándose y conociéndose a sí mismo por medio de la bondad y, sobre todo, aspirando, por medio de tan delicada integración, a la divinidad, suma de contrarios.

Así como todos los dictadores configuran al Dictador, todas las novelas que lo presentan y describen parecen la misma novela, o los diversos capítulos de una obra que nunca termina de escribirse. Hablo,

por supuesto, de esos aspectos que aportan la temática y la psicología de los personajes, no de los que provocan el estilo o el manejo de las técnicas, otorgadores del grado de excelencia artística.

Ya sea en su palacio habitado por las vacas ("El otoño del patriarca") o en el exilio dorado de París ("El recurso del método") ya sea moviéndose en una Guatemala de hechicerías y rezos ("El señor Presidente") o en esa vaga geografía que hace de todos los pueblos de América uno solo ("Tirano Banderas") cada uno de estos modelos es congruente con el otro, forman entre sí la bestia numerosa, configurada por un solo trazo, animada por la idea única, movida por el único sentimiento válido: Poder.

Ramificaciones de este poder serían la ambición, el miedo, las supersticiones, la crueldad y por último, y tal vez por lo que está más unido el dictador a la condición humana: la soledad, corolario inevitable del drama de los que se han encontrado en el límite de sus propias posibilidades.

II

Hemos llegado al fin a lo que directamente nos atañe: cómo ha testimoniado el narrador dominicano sus experiencias en las cuatro grandes dictaduras que hemos padecido, o sea las de Santana, Báez, Heureaux y Trujillo.

Enfrentados a la producción literaria nacional comprobamos que la literatura dominicana referente al dictador es abundante en la investigación histórica, en el ensayo, en el anecdotario popular y en algunas piezas teatrales aparecidas con posterioridad a la Era de Trujillo.

No sucede lo mismo en el campo de la narrativa que, dividido entre la novela y el cuento, se ha mantenido tímido y hasta neutral ante la figura del dictador.

Para mejor rastrear el tema lo dividiremos en los siguientes apartados:

1) novelas o narraciones que tienen al Dictador como personaje central.

2) novelas o narraciones sobre la dictadura que tienen al Dictador como personaje secundario, o que narran escenas donde interviene el Dictador.

3) novelas o narraciones que tratan de los efectos de la dictadura en el pueblo.

4) novelas o narraciones que no se ocupan del Dictador o de la dictadura, pero que los tratan episódicamente.

5) libros que sin ser de creación ofrecen testimonios personales de la dictadura y del Dictador.

6) anecdotarios que ofrecen una historia viva de lo que el pueblo sintió, entendió y creyó de la dictadura y del Dictador.

No tenemos la intención, ni mucho menos, de realizar un sondeo exhaustivo de cada uno de estos puntos. Tiempo y espacio faltarían para una tarea que, aún dentro de una bibliografía que como ya hemos dicho se nos presenta a primera vista limitada, rebasa los alcances de este trabajo y la posibilidad que ha tenido el charlista para localizar los materiales en el breve período que destinó a dicha investigación.

Los ejemplos que serán presentados y las menciones de obras han sido escogidos, en parte como un recuento panorámico, en parte porque representan los alcances máximos a que el tema, con sus derivaciones, ha dado lugar entre nosotros. Este no se ha escogido por lo que aporta a la caracterización del Dictador o de su época, para lo que se necesitaría un sondeo a fondo de los materiales narrativos y algo más: un cotejo entre lo ya realizado en el exterior y lo que nosotros hemos hecho o pretendido hacer, toda vez que la experiencia dominicana resultaría decisiva y reveladora en una materia en la que, desdichadamente, pasamos por expertos. La Era de Trujillo es hoy tenida como modelo excelso dentro

de su género y al mismo Trujillo se lo considera como paradigma del dictador en cuyas múltiples facetas podría ser tallada una docena de dictadores latinoamericanos, incluyendo a los mayores y más aberrantes, como son los Rosas, los Doctor Francia, los Porfirio Díaz, los Juan Vicente Gómez, los Machado, etc. Teniendo tan poco envidiable primacía, arrebatada a México como cuna de ese modelo del dictador contemporáneo que fue Porfirio Díaz, la República Dominicana se ha conformado, hasta la fecha, con desentrañar su propia peripecia histórica y novelesca en lo que atañe a tan alucinante materia, en las obras extranjeras que hoy aparecen sobre el dictador, quizás a excepción hecha de "Yo, el Supremo", de Augusto Roa Bastos, por considerársela como una recreación montada en documentos fidedignos del célebre Doctor Francia de los paraguayos, y de "En la casa del pez que escupe el agua", cuyo propósito es la novela histórica con ribetes de novela popular, ya que documentos e interpretaciones novelescas de los hechos se plasman allí desenfadada y vívidamente.

Esta timidez para manipular las propias experiencias tal vez se deba al escaso desarrollo de nuestra narrativa que ha visto de soslayo la realidad o no la ha visto, entregándose de lleno a la creación de mundos imaginarios hechos para su uso exclusivo. No reniego aquí de los frutos de la imaginación, estimulantes y necesarios cuando se realiza una obra totalizadora de las experiencias humanas, sino que ansío para nuestra narrativa una integración de historia y medio ambiente, del fenómeno lingüístico que nos afecta y sensibiliza la comunicación, de las costumbres y acciones que determinan nuestra convivencia. Es posible que dentro de nuestras fantasías aspiremos a un mundo mejor y nos dediquemos a cantar sus excelencias, pero siempre existe el riesgo de escribir sobre lo que no sabemos, o sobre lo que no sentimos con verdadera pasión.

Realizar una toma de posesión sobre su mundo sería la principal tarea del escritor. No sólo en el caso de la dictadura y del Dictador, pensamos que el escritor dominicano descuida sectores importantes de su realidad aun y cuando, como en el caso de nuestra guerra civil del 65, ésta se impuso a los jóvenes escritores interesados en renovar la narrativa, lográndose algunas veces aciertos estimables; sin embargo los clisés seudorrevolucionarios abundaron y las consignas trajeron como consecuencia un debilitamiento de las vivencias.

Tan lamentable modelo nos daría un escritor citadino que creara un refugio rural para sus personajes, como por ejemplo el músico que quisiera convencernos con los problemas de la Química. La adecuación de obra y experiencia dará como resultante la confiabilidad, la entrega total y más directamente, la fuerza, tan necesaria para la precisión de las imágenes, o sea para lo que debe sobreentenderse por originalidad.

Por otro lado, la aparición de una novela entre nosotros constituye un esfuerzo que aun no ha dejado de maravillarnos. Y es que en nuestro país el género no se ha aclimatado lo suficiente, por razones obvias de inmadurez sociológica y cultural. No me refiero, por supuesto, a inmadurez de los artistas, ya que muchos de ellos han evolucionado aisladamente hacia sólidas posiciones intelectuales, sino a la toma de conciencia de nuestro pueblo, y en forma muy especial de nuestra pequeña burguesía, a los móviles profundos que configuran nuestra identidad, aún brumosa y mutilada para los efectos de nutrir una corriente novelesca.

Lo primero que suele decirse, para explicar esta carencia, es que la novela requiere una larga paciencia y que los dominicanos somos demasiado haraganes para entregarnos a un trabajo continuado. Tal razonamiento no es del todo convincente. Las obras de lenta gestación abundan en otros géneros: el histórico, o el sociopolítico, por ejemplo. Tampoco es correcto pensar que un poema extenso, al que tan aficionados somos, suponga un esfuerzo menor que una novela, siempre y cuando el poeta tenga cultura y conciencia de lo que su labor exige. Por otro lado, el cuento mismo en su brevedad, a pesar de las gloriosas excepciones de Juan Bosch y de un pequeño grupo de sus intrépidos artífices, languidece en espera de un talento bien equipado que lo impulse a nuevas categorías temáticas y formales.

¿Qué sucede entonces a la narrativa dominicana? Hemos hablado de inmadurez y de ello se desprende un radical desacuerdo entre hombre y realidad y, sobre todo, de carencia de comunicación entre nuestras diversas clases sociales.

El dominicano no ha empezado aún sistemáticamente a realizar el recuento de sus experiencias, no ha sentido la necesidad de contarlas. Las confesiones no florecen en nuestra literatura. Una especie de pudor atávico paraliza a nuestros escritores y ese pudor suele ponerse entre nuestras virtudes nacionales. De esta manera resulta airoso hasta mentirnos a nosotros mismos con respecto a nuestros defectos y excelencias. Mentimos a los demás como algo decoroso y lo que es mucho más grave, hacemos a veces de la misma Historia un receptáculo de ideas acomodaticias, presionados por la amistad, el clan familiar y la conveniencia social y partidista.

El orbe del gran narrador es movido por mecánicas distintas. Allí pudor y escrúpulo tienden a desaparecer. El novelista se convierte entonces en el fustigador de una sociedad y de una época y su testimonio, empece su apasionamiento, dejará ver al trasluz las facetas de nuestra individualidad, sea ésta hermosa o aberrante, o presumiblemente contradictoria como toda naturaleza humana.

Creo que la labor furibunda de algunos historiadores iconoclastas, el ansia de interpretación de sociólogos y psiquiatras, algunas columnas de nuestros periódicos, nos están abonando el terreno para el gran encuentro del novelista criollo con sus palpitantes materiales humanos y lingüísticos. No habrá, pues, gran novela sin este acarreo sistemático de un material histórico, léxico y humano, que bien clasificado, estudiado, asimilado, nos permita adentrarnos en la significación trascendente de nuestras costumbres, actuaciones e ideas.

El novelista es un devorador de realidades, de la suya y de la ajena; de todas las realidades adquiridas a través de las propias vivencias, de las que proporciona una cultura bien asimilada- o una información pertinente.

Así, de toda obra importante puede anticiparse que deberá ser tomada en cuenta a la hora de que se realice un examen histórico y sociológico de nuestra realidad. Es la permanencia que tienen, por ejemplo, el "Enriquillo" de Galván, los cuentos de Bosch y una novela que constituye un hito en nuestra narrativa contemporánea: "Over" de Marrero Aristy.

III

Pasemos, pues, a inventariar algunas obras de acuerdo a los seis puntos mencionados anteriormente y a realizar un rápido balance de los propósitos que las animan. En ciertos casos la muestra, que no pretende ser exhaustiva, quedará limitada a los ejemplos que tipifiquen con mayor amplitud el tema.

Apartado 1.	Novelas o narraciones que tienen al dictador como personaje central.
Novela:	"Las tinieblas del dictador", de Jaffe Serulle.
Cuentos:	"Laudín", de Georgilio Mella Chavier, y "El dictador", de León David.

Las tres obras agotan la existencia de lo que hemos producido al respecto, siendo el cuento de Mella Chavier el que mayor jerarquía literaria alcanza, ya que une al cabal conocimiento de un período determinado de nuestra Historia, una adecuación del estilo al episodio narrado —la última visita de Santana a Los Llanos— y una profundización, en planos paralelos, del drama personal del caudillo y del drama colectivo del pueblo en pos de su noción de patria.

Santana, en vísperas de su muerte, parece hacer un examen de conciencia frente a la inmensidad de la sabana que trae a su memoria ecos de tiempos gloriosos, cuando aún era el héroe indiscutible de la Independencia y no el abatido Marqués de Las Carreras. Pasa la noche en el albergue rústico de una familia humilde que aún le es fiel y que desea rodearlo de atenciones, de alimentos escogidos y de lechos blandos que pone a disposición del huésped distinguido. El caudillo sólo acepta un pedazo de ñame hervido y un lugar en la sala para colgar su hamaca, en la que mece su desvelo y su tos persistente hasta que despunta el alba.

Se trata de la casa de Ezequiel Tavares, su abanderado en las campañas del Sur, de fidelidad indiscutible y junto al que necesita, de improviso, expresar sus confidencias. Cito:

> *"—Ezequiel, yo nací para el trabajo y siempre luché sin quejarme por cumplir mis obligaciones. Cuando mi deber estuvo en las fronteras, a ella fui con mis amigos, a defender el país frente a los haitianos; y cuando el deber me mandó oponerme a los que querían hundir la República con el desorden, cargué con la responsabilidad de combe? tirios también. Pero ahora... ¡ahora!*
>
> *Ezequiel se sintió sobresaltado. ¿Quién era él para que el General, Presidente o capitán general según quiso, Libertador y todo eso, hablara de esas cosas con él? ¡Siempre, como hombre de mando, había sido de pocas palabras! Las veces que había estado cerca de él, jamás le oyó hablar de sus cosas con nadie.*
>
> *—Ahora soy culpable de que los insurrectos no puedan ser vencidos... Ahora yo debo responder por no tener más hombres leales al gobierno para echárselos a los mam-bises... Ahora yo tengo que ver con que por todas partes echan ¡abajo la Reina!*
>
> *Ezequiel callaba, con los dientes apretados y los ojos desmesuradamente abiertos.*
>
> *— ¡Como si se le hubiera dado a mi gente lo que todos esperábamos y como si hubieran tratado a mis hombres como estoy seguro que quería la Reina! ¡Siembran el disgusto de los hombres que mandan y ahora se quejan de que tengan el pueblo en contra! ¡Ahora resulta que los hombres de mi confianza no valen nada! Eso es lo peor..."*

Interrumpimos aquí la cita para reabrirla unos párrafos más adelante, en esta especie de monólogo de Santana:

> *"—Además, no se puede tener seguridad de mucha gente, y esto es lo más grande... Pero no lo quieren entender... ¡Yo, que traje a este país los españoles, como hermanos que son de nosotros, debo tener que ver con que sus jefes hayan perdido la confianza de los dominicanos! ¡Yo, que puse la nación bajo la autoridad de la Reina, para que mi gente viviera en paz y seguridad, ahora tengo un país destruido por la guerra y se me quiere hacer responsable de todas las desgracias que han acabado con esta tierra! ...*
>
> *— ¡Supóngase usted! —Fue todo lo que se atrevió a decir Ezequiel Tavares, para asentir con el General".*

A continuación ofrezco un hermoso trozo descriptivo que más bien parece un sondeo psicológico al personaje.

> *"La grandeza de Pedro Santana parecía arrastrarse ahora por el piso de tierra apisonada y no alcanzar sino a los rincones en sombras con su sello de vencimiento. En el bohío, simulaba hincharse por los suelos y volverse a desinflar el espectro de una grandeza que reptaba a duras penas en la húmeda soledad de la noche campesina".*

Toda la primera mitad del relato pone de manifiesto la soledad del héroe que devino en tirano, del héroe que rumia sus equivocaciones y con el que muere una clase importante: la del hatero. Lejos están los días en que con sus batallones, compuestos en su mayoría por compadres y ahijados subió a la

cumbre de la notoriedad y de la idolatría del pueblo. Luego hicieron aparición las ambiciones; un título nobiliario y unas charreteras, a costa del enajenamiento de la soberanía, alejan al hombre, lo relegan en un limbo dorado en el que se hará sospechoso hasta de los suyos. Ya hemos oído sus quejas. Compadres y ahijados lo abandonan; también sus compañeros del Este. Sólo este Ezequiel Tavares le permanece fiel. "Hasta la muerte" le dice al despedirse. Y con la muerte del que lo comandara en las luchas del Sur, con la noticia de esa muerte que los vecinos de Los Llanos le hacen llegar días después, con ribetes de asesinato o de suicidio, Ezequiel se siente libre, ensilla su caballo y va a morir junto a sus antiguos compañeros, esos mambises que hacen morder el polvo a los cacharros (españoles) y que ahora aclaman su llegada. Ezequiel coloca el tahalí sobre la ingle derecha, siente en su mano el tremolar de la bandera y ve con profunda emoción que ella abre al aire sus brillantes colores. Así cae, cumplida la obligación de fidelidad con el héroe muerto y con la patria viva[1].

Se barajan en el texto emociones contrarias importantes. Se perfila el hombre de nuestro pueblo en sus más controvertibles esencias: él encarna la fidelidad entre el héroe (aunque sea el odiado personaje de hoy) al que se quiere y admira, aun sumido en melancólica pasividad, y el impulso liberador que lo lleva a defender su tierra a costa de su propia vida. Es la dualidad del pueblo, sumiso e intrépido, celoso de sus afectos cuando los ha entregado espontáneamente, y presto a las luchas reivindicadoras cuando se siente en libertad de hacerlo y cuando cree llegado el momento oportuno.

Además de la delicadeza de las descripciones y de la vivacidad de los diálogos el relato nos convence por esa complejidad psicológica e ideológica dentro de un tejido simple en extremo.

***

En cuanto a "Las tinieblas del dictador", de Jaffe Serulle, tengo que decir que el libro hace gala de técnicas complejas, aunque doy por cierto que el autor ha pretendido realizar un texto a nivel popular, propósito que es ratificado en la honrosa dedicatoria: "A los trabajadores del mundo".

El texto, sin puntuación alguna y sin separación de capítulos, es presentado como un solo párrafo de 239 páginas en donde varios sujetos intercambiables utilizan la primera y la tercera personas, a voluntad y como un medio de provocar una impresión masiva, casi coral, de lo narrado. Modelos de esta técnica son "Los cachorros" y "La casa verde" de Mario Vargas Llosa, aunque por otro lado se tiene aquí una deuda mayor con el Gabriel García Márquez de "El otoño del patriarca", deuda que, comenzando con el procedimiento prosístico, se prolonga en algunos materiales narrativos, en la categoría mítica y caricaturesca de los personajes y en la presentación simultánea de los tiempos históricos.

Serulle abandona las lecciones directas de nuestra dictadura para ir en pos de modelos literarios gloriosos que, habiendo bebido de nuestra realidad son devueltos a nosotros, por intermedio suyo, teñidos de exotismo e irreconocibles. Desde que abrimos el libro sabemos que el personaje es alguien que no ha vivido nuestro proceso histórico. Pensamos en Trujillo, pero Serulle da a su dictador cualidades aéreas que aquel no poseía: éste es amante de los viajes en helicóptero y Trujillo era enemigo declarado de tal medio de transporte, habiendo hecho siempre sus viajes por tierra o por mar. Desde lo alto, como un dios, el dictador de Serulle deja que junto con el desplazamiento de las tierras se barajen los tiempos y si al viejo dictador garciamarquiano un día le amanecen las carabelas del descubrimiento varadas en el puerto, frente a su ventana, a éste del novelista dominicano le aparecen junto i a la cabina neblinosa los pueblos tainos en plena lucha contra los españoles, los galeones llenos de esclavos negros que no saben otra cosa que aguantar golpes y morir, y mientras más zumba la hélice del helicóptero presidencial más épocas se desplazan y aparecen en un presente sucesivo que es una simultaneidad en el alma y en la mente del que mira a través de los cristales.

La concepción es hermosa pero reiterativa. Lo mismo sucede con las visiones del dictador (otra de sus cualidades aéreas) especie de pesadillas e introspecciones que nos revelan a poco la naturaleza de esas tinieblas que aparecen en el título. Se trata, sin duda, de la obnubilación de la conciencia y de la pérdida paulatina de la razón. No se trata aquí del realismo mágico o de lo real maravilloso; las imágenes son entidades contrahechas que no provienen de la realidad, sino de los sueños. El lenguaje revela la esquizofrenia del sujeto, que puede ser cualquier hombre entregado a pesadillas similares y que nada aporta a la tipología del dictador. Un surrealismo rampante, a manera de fluencia automática, recorre el libro que en sus mejores páginas atina con escenas caricaturescas llenas de movimiento, pero que no logra trascendencia debido a su proximidad y al constante tropiezo de unas con otras.

El "papaíto de mis guerras soñolientas" y el "papaíto de mis libros carcomidos", la "mamaíta de mis deseos" y la "mamaíta de mis caídas" (son cientos los apelativos con que se evocan) me parecen dos personajes demasiado mecánicos y paralelos, que deforman y dejan en la bruma de lo gratuito las relaciones sin consecuencia de padre-hijo, madre-hijo.

El relato carece de nombres propios, para contribuir más con la vaguedad y las tinieblas. Creo que Serulle, a quien reconozco talento demostrado en su obra teatral sobre Duarte, pretendió realizar la pesadilla de una pesadilla, o sea plasmar por medio de palabras e imágenes inconexas la desarticulación de un proceso social. Lo aberrante no sería entonces su dictador, falto de núcleo psicológico y de sujeción dramática, sino los procesos atomizados del yo y por ende la escritura que está dispuesta a encarnarlos.

Tal vez uno de los motivos menos satisfactorios del libro sea su incapacidad para afectarnos emocionalmente. Hablar del dictador, entre nosotros, es casi siempre motivo de estremecimiento y las anécdotas que a veces circulan moviéndonos a risa con algunos de sus aspectos más grotescos, actúan como descargas emocionales que sirven para restablecer el equilibrio. Serulle ha escamoteado estos aspectos necesarios, por lo que es posible que pocos dominicanos se hayan sentido identificados con el libro. El dictador que geste nuestra literatura en el futuro deberá ser una suma de los dictadores que hemos padecido, no una mera invención de imaginaciones febriles.

En "Las tinieblas del dictador" encontramos, pues, que Jaffe Serulle se ocupa más de las tinieblas que del dictador.

***

El tercer texto que examinaremos y que agota en nuestra literatura el tema del dictador como personaje central es el de León David, aparecido en su libro más reciente titulado "Narraciones truculentas". En sólo dos páginas se nos cuenta la egolatría del gobernante que bautiza con su nombre pueblos y casas hasta que el idioma se convierte en un medio realmente simple y bello de comunicación consistente en una sola palabra. Todo se llama como él (en este caso es Pérez el apellido del tirano) y basta con que alguien diga Pérez-Pérez-Pérez-Pérez para que esté diciendo uno de los más sustanciosos parlamentos que por lo general es aprobado con un rotundo ¡Pérez!

La situación es cómica en verdad, pero no original. El texto ha sido tomado, casi textualmente, de una de las Tres Inmensas Novelas que Vicente Huidobro escribiera en colaboración con Hans Arp y que lleva por título "La cigüeña encadenada, novela patriótica y alsaciana".

León David, por supuesto, hace constar en una nota la procedencia de su cuento que, por otro lado, se adapta a la perfección a nuestra historia. No sólo fue sustituido el nombre de Santo Domingo por el de Trujillo, sino que provincias, plazas, parajes, calles, en fin, el país entero, se llenó de las bendiciones de su santo nombre, habiendo quedado los dominicanos a un tris de alcanzar la perfección en materia idiomática. La cultura popular ya se había adelantado a tales excelencias en un texto folklórico recogido por mí en un campo del Cibao y que dice así:

"—La bendición, tío Domingo.
—Dios te bendiga, Domingo.
— ¿Adonde está Domingo ?
—Se fue para Santo Domingo
y no vuelve hasta el domingo".

Huidobro había dado un paso más allá de este gracejo folklórico, sustituyendo nombres, verbos y sustantivas, por el de Duval, héroe de su novela alsaciana. León David, a su vez, realizó la trasposición con el apellido Pérez, más pobre en eufonías pero más aclimatado a nuestro medio. Así del Duval-Duval-Duval-Duval-Duval-Duval con que Huidobro hubiera querido decir: "No me ha gustado que copiaran mi texto sin mi permiso", oímos a León David responder su Pérez-Pérez, que por respeto a la audiencia distinguida no traducimos a nuestra torpe lengua romance.

IV

Y con esta farsa chileno-dominicana pasamos al *Apartado 2:* Novelas o narraciones sobre la dictadura que tienen al dictador como personaje secundario o que narran escenas donde interviene el dictador.

Novelas:	"La sangre", de Tulio M. Cestero "Guanuma", de Federico García Godoy "Cementerio sin cruces", de Andrés Requena "La ciudad herida", de Carlos Federico Pérez, y "El prófugo", de Marcio Veloz Maggiolo.
Cuentos:	No consignamos ninguno en esta categoría.

"La sangre" (una vida bajo la tiranía) es un clásico de la novela dominicana. Preciosista a ratos, purista y modernista, su autor Tulio M. Cestero hace alardes en ella de virtuosismo idiomático y gramatical (pese a los sesudos reparos que en estudio minucioso le ha dedicado Carlos Larrazábal Blanco) de giros elegantes junto a rebuscamientos que, salpicando aquí y allá, se resuelven en colorismos epocales. Pero, sobre todo, el relato está preñado de autenticidad histórica, de datos que revelan la concepción política de las clases sociales en juego, las costumbres y la perfecta ambientación de las escenas. Es puesta al descubierto una sociedad de fines del siglo XLX, rural y aristocrática, apegada al barrio y a las celebraciones magnas del Club Unión, al chismorreo callejero y a las elipsis de salón, donde los guantes de cabritilla tras el saludo cortesano no tienen reparo en mancharse con la grasa de los bocadillos y donde los tinajones de frutas confitadas desaparecen a la primera embestida.

El dictador, ese "maldito negro" según lo llama Antonio Portocarrero en la soledad de su celda, une a la plebeyez del bembe agudeza de intelecto y modales expresamente atildados, sorprendiendo siempre la precisión de la réplica y la destreza del paso en la cuadrilla.

El encarcelado patriota de "La sangre", desde su impotencia, rememora las tres apoteosis en que ha visto al sátrapa exponer su omnipotencia en medio de la adulonería general.

"Después del fusilamiento de los nueve en La Clavellina, recorre triunfalmente la República, agasajado, honrado por todas las ciudades, y al regreso a la Capital, saludado por salvas de cañones y discursos de ancianos, mozos y señoritas. Desde el río hasta la Puerta del Conde, y desde la Colina de San Miguel hasta el mar, la ciudad se adereza para recibirlo. Las casas tendidas de colgaduras, en balcones y ventanas la bandera nacional luciendo la alegría de sus colores, y calles y parques tejidos de garambainas, guirnaldas y palmas. Los empleados fieles erigen un castillo en la

esquina de Palacio; el Ayuntamiento, la colonia española y la prensa, alzan arcos bajo los cuales, periodistas y damas, le piden la libertad de presos políticos; el Consejo le prepara un banquete; en su honor se convida a los niños a un bazar; se hacen obras de misericordia; se queman fuegos artificiales: ilumíname las plazas a la veneciana; se pintan y empavesan las embarcaciones y una cadena que ostenta la inscripción "Paso al Progreso" ciérrala barra, para que cuando entre en la ría, la rompa el crucero "Presidente " a cuyo bordo está el feliz magistrado; el poeta nacional le da la bienvenida y tres generales le saludan en malos versos impresos en seda y desfilando por entre soldados vestidos de gala, baja al templo, por las calles jocundas, a oír el Te Deum que entona el Prelado... ¡Es el Soberano! ¡Dios le es propicio! ".

En la segunda apoteosis vemos a Lilís, una especie de Marqués de la Limonada de la Corte del Rey Cristóbal, imperar en un baile de disfraces; según dicen los asombrados contertulios va de etiqueta parisiense. Veamos la descripción:

"El Presidente viste calzón negro de seda, calza escarpines de charol con hebillas de oro y medias negras, y se toca con sombrero panamá forrado de raso gris, en cuya cinta deslumbran gruesos brillantes y un espejito frontal. Le acompaña un alto personaje, que se ahoga ceñido por el frac violeta y la chistera gris embutida hasta las orejas, mostrando, mohíno, gordas pantorrillas rurales".

El soldado, el ajusticiador, tras dar sus órdenes de muerte es puesto aquí por Tulio M. Cestero en el centro de la delicadeza cortesana, en medio de una sociedad que le teme y le detesta, pero que admira la osadía, el esplendor del poder.

La tercera apoteosis rememorada por el preso, es escena común a quien padeció la Era de Trujillo en toda su magnificencia y teatralidad:

"Erase el aniversario de la Independencia. El Parque de Colón, embanderado, enguirnaldado, rebosa de gente. Entre el Palacio del Ejecutivo y el sardinel de la plaza, elévase una tribuna a la cual se accede por amplia escalinata. En esa cima, el Pacificador se yergue, de gran uniforme, constelado el pecho de condecoraciones europeas y terciada la banda tricolor. Le rodean funcionarios y diplomáticos. Por los escalones asciende una teoría de capullos, infantitas pueras, los cabellos sueltos, que personifican la libertad, la República, la justicia, las artes, y entregan al Presidente la espada de honor, costeada por suscripción pública. En la empuñadura de oro fulgen brillantes y rubíes. El Pacificador la ciñe, y su ojo de halcón contempla el concurso. ¡Es el Señor! Su hierro, esgrimido por su mano potente taja en la hacienda y en la carne del pueblo. ¡Es el Señor! El himno nacional vibra y las tropas le presentan armas..."

Después de estas escenas de la vida pública del dictador Heureaux, el autor da un paso hacia>la intimidad del personaje con el propósito de moldearlo psíquicamente, de hacerlo asequible al lector a base de revelaciones donde lo sexual, a pesar de lo aberrante de los casos, parecería humanizarlo. Cito:

"Es un sátiro. En la capital mantiene dieciocho mancebas, amén de las aventuras que la miseria y el temor le proporcionan y de las hetairas puertorriqueñas. No conquista, compra. Blancas, mulatas, negras, de distintos países las posee. De París le han provisto una doncella, y ante su vientre fecundado él dice riendo que necesita un hijo blanco para meterlo a cura. El ridículo de un cuerno, lo cobra con la muerte; cree mantenerse vigoroso merced a inyecciones de Brown Sequard y a pociones copiosas de Elixir Godineau. Al crepúsculo pasea en coche por la ciudad y lo mismo visita a un diplomático o familia principal o interviene en el milagro de una histérica o platica con una de sus barraganas, como prepara un fandango para que sirva de ambiente propicio al asesinato que a la media noche, bajo su inspección, cometerán los serenos en persona que le estorba".

Más adelante se relata por boca de terceros la muerte en Moca del Pacificador, en escena rápida, vivida, con tres o cuatro detalles de suma importancia para la reconstrucción exacta del hecho. El dictador cae

peleando. La cobardía no es su línea y el joven Mon Cáceres "alto, hercúleo, buen tirador y gran jinete", cuyo arrojo personal lo hace enfrentarse al monstruo, parece personificar las mejores condiciones de los revolucionarios de entonces. "Se quedan solos Lilís y Mon, como dos gallos", dice el autor.

Estas escenas representan el testimonio directo que deja de Lilís Tulio M. Cestero, logrando una reconstrucción colorista, un tanto popular, más política que humana. Por supuesto, no estamos ante una novela crítica como lo sería "La Guerra y la Paz", universo plurivalente donde la ciencia de la historia y el humanismo ascienden a niveles increíbles uniendo arte y ciencia social y política. "La sangre" de Tulio M. Cestero no es novela multitudinaria de una época, ni siquiera "ese espejo que se pasea por un camino", como definió Stendhal la novela realista de acción múltiple, sino testimonio de una clase golpeada con sus mismos elementos y cuyas revoluciones, gestadas en el seno de la dictadura, no afrontaban un cambio de contenido; cambiaban personas y fórmulas de mando, pero no principios. "La sangre" es así libro de ambientación y de reseñas historicistas, no de sondeo del alma popular y mucho menos de planteamiento de los mecanismos del poder.

***

Como bien ha dicho Juan Bosch, la trilogía de Federico García Godoy compuesta por "Rufinito", "Alma Dominicana" y "Guanu-ma", está concebida para "usar los personajes de la historia dominicana como ejes de relatos en que los caracteres principales no son precisamente figuras históricas".

Joaquín Balaguer, por su parte, reconoce que con García Godoy "se inicia la historia novelada de índole típicamente nacional, con tipos y episodios que reflejan las luchas sostenidas por el pueblo dominicano al través de su existencia azarosa".

Estamos dentro de la corriente iniciada por Benito Pérez Galdós con sus "Episodios Nacionales" y de la que es primer representante en el país Federico García Godoy; más tarde aparecerán los episodios dominicanos que Max Henríquez Ureña dedica a diversos períodos de nuestra historia, como son "La Independencia Efímera", "La conspiración de Los Alcarrizos", "El Arzobispo Valera" y "El ideal de los trinitarios", aunque a este último autor le preocupa más que la ficción, meta del episodio galdosiano, el aspecto documental de sus relatos, procurando a cada escena una valoración interpretativa que la hace caer de lleno en el género de la biografía, alejándola de lo novelesco.

En "Guanuma" los personajes históricos son secundarios y San-tana es el más importante de ellos; Duarte, Luperón y otros, aparecen y desaparecen como meteoros. Pero esa atención que el autor presta a Santana, viene motivada por el infructuoso y dramático episodio del campamento de Guanuma, que le sirve a García Godoy para brindarnos un retrato de los remordimientos y de la decadencia del Marqués de Las Carreras en el capítulo titulado "Ocaso de un astro". Luego el personaje se irá difuminando en dos escenas breves que nada agregan a estas primeras pinceladas, hasta que se nos escamotea por la puerta excusada de una muerte mencionada por terceros.

Una vez más ha faltado la garra a nuestros narradores para abordar el momento crucial en que Héroe y Traidor se fusionan, quedando prisioneros de una gran equivocación: la trampa anexionista, en la que iban a ser derrotadas, junto a sus mejores propósitos, las ambiciones del poder absoluto. Veamos cómo plantea el autor este asunto en las meditaciones de Santana.

> *"...Santana comprendió, poco después de realizada su nefasta obra anexionista, con acerba pena, que se había por completo equivocado y que su tremendo yerro iba a tener, andando el tiempo, desastrosas consecuencias... Palpó prontamente, procurando engañarse en los primeros momentos, que había incompatibilidad manifiesta, imposibilidad evidente de compenetración entre las formas de organización burocrática del coloniaje español, estrechas, rutinarias, impregnadas de un acentuado espíritu coercitivo, y las modalidades de vida social del pueblo dominicano, de*

incoherente y primitiva organización sin duda, pero en que tenían predominante señorío ideas y procedimientos de existencia colectiva enteramente diferente..."

Copio unos párrafos más adelante:

"*...fue a la Anexión teniendo ante sí dos objetivos en que se encontraban todas sus aspiraciones: el deseo de continuar ejerciendo, ya sin posibles rivales, el mando supremo y el propósito de alzar insuperable y definitivo valladar a las invasiones haitianas... Pero no contó con lo imprevisto, con ciertas circunstancias de régimen administrativo que iban a impedirle moverse con la libertad de antaño en el ejercicio de las funciones gubernativas. Investido del cargo altísimo de Capitán General, de primera autoridad de la nueva colonia española, se convenció en breve que tal poder, aún siendo como era muy considerable, le mermaba su antigua e ilimitada libertad de acción, le acortaba el viejo poder discrecional que sobre hombres y sobre cosas ejercía cuando ocupaba la primera magistratura de la extinta República. De ahí su primer doloroso desencanto, de ahí sus perennes lamentaciones*".

En estos dos párrafos importantes se mezclan, junto a sentimientos verídicos que corren por cuenta del personaje examinado, consideraciones de orden interpretativo que sumamos a los haberes del autor quien intenta, por sobre el conflicto humano apenas esbozado, interponer razonamientos que equilibren la balanza entre culpas y justificaciones de última hora.

La verdad del conflicto que encarna Santana, movido entre las exaltaciones del Héroe y las degradaciones del que ha traicionado su propia obra, ha sido para el arte una cima inaccesible; lo demás se ha resuelto, como retrato moral, en las melancolías del arrepentimiento con su secuela de suspiros inútiles. Más que vuelo narrativo, en el que no lo ayudaba la chatura del idioma empleado, García Godoy se revela aquí como un hombre de juicio claro e imparcial, con ideas avanzadas sobre la responsabilidad social del hombre y la intríngulis de las motivaciones históricas, llegando a entrever el futuro que nos aguardaba.

Refiriéndose a los españoles dice:

"*¿Serían ellos, los que se acaban de ir, los últimos dominadores extranjeros? ... ¿Vendrían otros, en el misterioso porvenir, quizás menos hidalgos, tal vez más rapaces, a posar su planta invasora en esta tierra quisqueyana, noble y rica, que en medio del riente archipiélago antillano recibe los besos ardorosos del sol que la fecunda e inflama la sangre de sus hijos prestos siempre a defender hasta morir el nativo territorio? ¿De qué paraje, cercano o remoto, vendrían los nuevos argonautas? ...*"

Si como se ha dicho la crítica literaria en García Godoy ha sido complaciente e impresionista, se observa no obstante en él, cuando de las interpretaciones históricas se trata, una clarividencia y lucidez expositiva que asombran y sobre todo una comprensión de los elementos sociales en juego, que para su clase y su tiempo resultan avanzadas en extremo y de gran penetración.

***

Andrés Francisco Requena fue un sensual y bondadoso muchacho del pueblo que quiso ser escritor y casi lo logra. Talento y condiciones para la tarea no le faltaron, pero sí preparación, pudiendo decirse (si es posible establecer tales diferencias) que fue más novelista que escritor. Y digo que fue novelista porque supo observar al hombre y al medio que lo rodeaba, plasmando en cada obra un conjunto palpitante, estremecedor, cuyas peripecias son plenamente convincentes si se las deja relegadas en el plano primario de lo argumental y no de lo estilístico, donde pierde las batallas que ya tenía a medio ganar.

Las obras de Requena semejan, por ello, interesantes libretos para un film o para una telenovela de calidad: los personajes están claramente delineados, las situaciones provocan con facilidad el vaivén de

los conflictos y la estructura tradicional se levanta desde lo expositivo, logrando un buen desarrollo y un inmejorable remate. Vemos pericia en sus argumentos: personajes principales y secundarios adquieren sus justos lugares para que la acción se desenvuelva con naturalidad. Falta sin embargo —y es lástima— lo principal en una obra de arte: la matización psicológica, la profundización de las ideas y la mano del escritor avezado que conoce el secreto de las palabras y que hace que cualquier otro elemento quede supeditado a ellas.

"Cementerio sin cruces", última de sus novelas y en la que se nota la prisa del autor por hacer pública su denuncia de la dictadura, deja al desnudo sus habilidades y carencias. Requéna no tiene reparos en llevar sus escenas todo lo lejos que cree conveniente, pese al exceso de patetismo y a que la realidad se encuentre escasamente elaborada, en una inmediatez que de tan verídica no parece creíble.

Las apariciones de Trujillo en la novela son decisivas; han sido calculadas para mostrar sus aberrantes procedimientos. La primera vez que es presentado lo conocemos como el estuprador de doncellas, cobrando el derecho de pernada de matrimonios realizados durante las orgías oficiales, y como al seductor de mujeres casadas a las que arrebata en presencia de sus maridos, que no tienen más opción que aceptar la vergüenza como un honor si quieren menguar en altos cargos y sobrevivir.

Ponemos los reflectores sobre la escena y damos la palabra al autor.

> *"Entonces, fue cuando le ocurrió el instante más trágico de su vida... Álvaro Peña le puso la diestra sobre un hombro, y en tono en que se mezclaba la compasión con la orden sin réplica posible, le dijo:*
>
> *—El señor presidente de la república quiere que su mujer lo acompañe a la casa de Parrita esta noche...*
>
> *—Desde luego que lo acompañaremos, si él así lo desea... –le repuso el profesor, no queriendo entender claramente las palabras que acababa de escuchar.*
>
> *—Él quiere que ella vaya sola...*
>
> *— ¿Sola?*
>
> *— ¡Sola!*
>
> *El general Álvaro Peña le colocó ahora las dos manos sobre los hombros que parecía derrumbarse en la anatomía del licenciado Baudilio, en señal de hacerle ver que se daba cuenta cabal de la afrenta que Trujillo le comenzaba a echar, pero que nada podía hacer sino complacer al tirano...*
>
> *Por un momento se quedó sin sentido, como si hubiese recibido un fuerte e inesperado golpe a la cabeza. Luego fue una sensación de vacío, de humillación y de vergüenza. Hasta los ojos comenzaron a humedecérsele, y unos sollozos que no pudo contener sentía que comenzaban a salírsele desde los pies, agitándole el pecho en una clase de convulsión nerviosa que no había sentido nunca.*
>
> *Poco después, desde el balcón en que se había quedado, sin valor para volver a atravesar la sala en donde todo el mundo estaba pendiente de su reacción al deshonor que recibía, vio al dictador ayudar a su mujer a entrar en aquel inmenso automóvil que parecía una fortaleza, y partir seguido de otros carros llenos de oficiales y ametralladoras.*
>
> *Sintió que alguien estaba a su lado, en el escondrijo del balcón, y no tuvo valor para mirar quién era. Una voz conocida, de un diputado de la misma región suya, puesto por Trujillo unos diez años atrás le dijo, sin rodeos:*
>
> *—Tú no eres el primero ni el segundo a quien Trujillo le hace eso...*
>
> *—Pero es que...*
>
> *El diputado, que estaba curtido en presenciar la vida licenciosa de su amo, le advirtió:*

—Lo mejor es que no hagas ningún comentario, ni conmigo mismo, sobre este asunto... —y le explicó—: Aun no hemos comenzado a burlarnos de los hombres a quienes el jefe les ocupa la mujer... El que ha perdido la cabeza e intentó algo violento, no ha vivido para contarlo... ¿Comprendes bien?

Al amanecer, cuando su mujer regresó, acompañada por un coronel del estado mayor del tirano, lucía pálida y como enferma. Él se puso más triste aun cuando oyó que le explicaba:

—Desde que me dieron a tomar una copa con un licor verdoso, sentí que me iba olvidando de todo, de todo, como si me hubiesen dado a beber una droga, hasta que me desperté hace un momento... Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas, y escondió su bella y ultrajada cabeza entre una almohada, sintiendo que, por generoso que su marido fuera, ya en su voz no volvería a temblar la ternura amorosa que la hacía tan feliz".

La segunda gran escena de Trujillo nos lo presenta como un buitre galonado (así se llama el capítulo) recriminando a una docena de funcionarios amedrentados que no han sabido evitar cierta propaganda subversiva que sus enemigos han hecho circular por la ciudad en volantes mimeografiados. Cito:

"Rafael Trujillo sabía el valor de los largos silencios cuando tenía por delante a aquel grupo de esbirros ante cuyos nombres temblaban de espanto los demás. Se quitó los espejuelos lentamente y con la diestra se alisó los escasos cabellos, mientras meditaba la manera más efectiva de comenzar a hablarles. Presintiendo que algunos esperaban verlo colérico, decidió sonreírse al decirles, en forma de saludo, de introducción y de amenaza:

—Señores, ¡ya esto es una vaina!

Todos estuvieron de acuerdo, sin necesitar mirarse unos a otros o cambiar palabra, de que "su sonriente desbordamiento de cólera", como uno de los bufones letrados había llamado a aquella manera de Trujillo comenzar a hablarles, significaría una decisión terrible en el cumplimiento de la cual no se pondría límite ni a sangre ni a injusticia".

A esta escena sigue otra inefable, cuando hace su entrada al recinto la primera dama. El candoroso Requena, justamente por serlo, revela de un solo plumazo el abismo de irrespeto y de soez familiaridad que sobrelleva el sátrapa en la intimidad de su matrimonio. Cito:

"El (Trujillo, M.R.) *iba a seguir insultándolos cuando una voz de mujer preguntó, desde el corredor: —Chapita está ahí, ¿verdad Larguito? —Sí, señora.*

El dictador los miró con visible turbación, porque cuando su mujer le llamaba públicamente con aquel apodo tan odiado por él, significaba que venía presa de la más grande cantidad de cólera que su cuerpo pequeño y barrigón podía soportar. Entonces era mejor que él se quedara solo, le ordenó al grupo que esperara en un adjunto salón. En los cortos segundos que mediaron desde que él oyó la voz de su mujer y el instante en que abriría la puerta, Trujillo se prometió a sí mismo, como saludo, sería mandarla al infierno para que los hombres que estaban escuchando se dieran cuenta de que él era quien realmente llevaba los pantalones en la familia, en el patriarcal sentido criollo".

Este monstruo con ínfulas de patriarca, tiene su infaltable escena de tortura, donde el marido débil es la hiena que hurga en la carroña, gozándose en el sufrimiento ajeno con una falta de piedad que sólo es superada por la de sus testaferros. Trujillo hace su aparición en la celda

"acompañado de una docena de funcionarios y oficiales. Vestía traje militar y en la diestra sacudía nerviosamente la pesada fusta. La canana de la pistola que portaba a la cintura la llevaba desabrochada, como lista a usarla instantáneamente. Dirigiéndose al general Follón, le ordenó: —Haga poner de pie a esos carajos... Y ¡alínielos! ".

Empieza entonces la ceremonia macabra en la que no se nos escatima detalle. El libro abarca zonas inconfesas de las actividades familiares, desde los negocios clandestinos del padre y de los hermanos, hasta la prostitución organizada para deleite de los potentados y cuyos altos porcentajes eran cobrados por puntuales recaudadores.

La influencia de Trujillo se percibe como una lenta asfixia en todos los episodios del libro. Al final es sólo voz que a través del hilo telefónico imparte órdenes y concede beneficios a cambio de goces no satisfechos. Y más aún, representado por su automóvil negro, la última escena deja en el aire la sensación de lo irremediable, de un destino contra el que ya no es posible luchar. Cito:

> *"Su paso era como un símbolo de la doloroso humillación del país, que tenía que seguir tolerando el oprobio de una tiranía en la cual el crimen estaba primero que la ley, y bayonetas y ametralladoras imponían la voluntad absoluta de un asqueroso señor de horca y cuchillo. Y el coche negro aumentaba su aire de carroza funeraria al cruzar por las calles desiertas, chocando solamente con miradas de un odio que esperaba sin tregua la hora final del desquite y la victoria".*

Así termina Requena su valeroso libro de denuncia que al ser publicado en 1949 le costó la vida en la ciudad de Nueva York. El brazo del tirano fácilmente lo alcanzó en una esquina oscura donde había sido previamente citado. Aun hoy persiste un temor irracional alrededor del libro, cuya reedición alguien dificulta, tal vez el responsable de que estén desapareciendo los pocos ejemplares que existen en las bibliotecas públicas. Y sirvan estas palabras para revelar tan censurable proceder.

***

El ciclón del 3 de septiembre de 1930 deja sumida a la ciudad de Santo Domingo en la noche de la desesperanza. El "Predestinado", el hombre elegido que se yergue entre las ruinas para reconstruirlas, no será el emisario de la aurora, sino el mismo príncipe de las tinieblas cuya misión es prolongar esa noche por un lapso de 31 años consecutivos.

Carlos Federico Pérez concretiza este símbolo de manera alucinante en uno de los capítulos iniciales de su novela "La ciudad herida". Asistimos allí a la primera de las dos únicas escenas donde aparece Batisterio Ocampo, el Único (o sea, Trujillo) y ese solo episodio contendrá todo el horror alucinante de la dictadura, desde el calculado efecto teatral y la crueldad física hasta la humillación moral y el soborno. No puedo menos que transcribir el pasaje, para la clara ilustración de lo antes dicho.

> *"Apareció en la esquina una caravana de automóviles a velocidad moderada. La precedían patrullas de soldados que iban apartando los obstáculos tirados en la calle. Las luces dieron una profundidad infinita a la vía destrozada. Pareció todo súbitamente como un escenario iluminado para la representación de un drama.*
>
> *Los vehículos se detuvieron poco antes de llegar al centro de socorros. Al descender los ocupantes rápidamente, pudieron reconocer sin dificultad a Batisterio acompañado de varios civiles y un numeroso séquito militar. Vestía uniforme muy ceñido, con condecoraciones y era notorio su acicalamiento como si las huellas de desorden y destrucción de los alrededores nada tuvieran que ver con él.*
>
> *Los soldados abrieron paso a la comitiva. Su misión, al parecer incluía también exigir demostraciones de acatamiento y compostura, porque al avanzar unos pasos y advertir que un hombre sentado al borde de la acera, la cabeza entre las manos, se mantenía inmóvil y ajeno a lo que ocurría, el que comandaba la patrulla voceó imperativamente:*
>
> *—Eh, tú, levántate, ponte en pie, que viene El Único, el Presidente de la República...*

> *El individuo permaneció tal cual estaba, como si no perteneciera a este mundo. Entonces el jefe del pelotón, irascible, se adelantó, lo empuñó violentamente por la camisa a la altura del pecho y alzándolo en vilo, le aplicó tremenda bofetada, al propio tiempo que decía — ¡Despiértate, imbécil!*
> *...*
> *...Entonces Batisterio extrajo del maletín, en manos de uno de sus acompañantes, tamaño fajo de billetes y tomando uno de ellos lo puso en la mano ya extendida del infeliz. Luego siguió su camino, imperturbable. No prestó la menor atención al grito ahogado de " ¡viva El Unico, viva el Presidente! " que lanzó el individuo para que apenas se percibiera confundido con el taconeo de las botas de los oficiales".*

Los que han vivido esta realidad saben todo el abismo de vanidad, prepotencia, horror, desvalidez y corrupción que subyace en escena tan breve y significativa. No encontraremos otra semejante como síntesis del libro. Al Único lo conoceremos por sus manifestaciones, por sus efectos avasalladores, como los de un Zeus tonante en las brumas de su Olimpo, presente en el pueblo a través de los cataclismos que programa y de las órdenes que transmiten e interpretan sus emisarios.

Siguiendo un plan que arranca de "Juan, cuando la ciudad crecía", Carlos Federico Pérez ha pasado la mayor parte de su vida con el tema entre las manos, considerando los pro y los contra que tendría para él, como autor y como individuo, un material demasiado inmediato en el tiempo y en el espacio. Y no pensamos en el temor de quedar irremediablemente comprometido y señalado, lino en la responsabilidad que como artista y testigo le corresponder/a en la correcta valoración de una sociedad y de un grupo privilegiado al que de hecho se siente pertenecer. No se trata solamente de "su posición", sino de manifestar las categorías morales sobre las que M asienta su ciudad y por ende el pueblo entero. Y aquí es fiel el autor a su categoría indisputada de novelista de lo urbano.

Creo por ello que este libro, además de su valor como obra literaria, debe ser situado en una categoría adicional como pieza clave en la Historia Social de nuestro tiempo.

La continuidad del período histórico que se abre en la primera de sus novelas (1916—1930) y que se amplía en la segunda con el comienzo de la Era de Trujillo (1930 en adelante) el momento en que la ciudad empieza a recubrir sus llagas con las costras de mármol y oro de sus edificaciones suntuarias, hasta quedar enterradas más tarde en ese gran mausoleo que fue la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre, nos hace pensar que el ciclo novelesco de Pérez no se ha cerrado todavía, que dramática y humanamente está incompleto (a pesar de la autonomía de cada una de las novelas que lo componen) y que desde el punto de vista de su forma y proyección, para cumplir la parábola iniciada en la infancia y crecimiento de la ciudad, hace falta la tercera entrega, la de nuestra madurez cívica, la de tantas otras muertes y resurrecciones sucesivas, la de nuestras ampliaciones y desplazamientos hacia conquistas que quizás nos entreabran el amanecer definitivo.

***

Como última de este grupo de novelas se nos presenta "El prófugo", de Marcio Veloz Maggiolo. El autor, dentro de su evolución, ha pasado tal vez con demasiada rapidez de los temas bíblicos tratados a la manera de un Par Lagerkvist, a un tipo de testimonio descarnado de la vida contemporánea —más: de la historia interna del país— corriendo a veces el riesgo de quedar obnubilado por el fragor de una contienda que parece estar librándose en sus mismas narices. En "La vida no tiene nombre" nos ofrece un relato vigoroso de esa gesta libertadora que fue la de los gavilleros y en la que ya aparece un teniente de nombre Trujillo al servicio de los invasores norteamericanos, haciendo méritos a costa del dolor de su propio pueblo. De allí al poder, si tomamos en cuenta las ambiciones del sujeto, no había más que un

paso. Es, pues, el primer intento que se hace en nuestra narrativa de eslabonar la figura del tirano al pasado inmediato de las gestas revolucionarias que tuvieron al Este como escenario.

La óptica del novelista sigue acercándose a una más candente actualidad en "Los ángeles de hueso", novela en cuyo trasfondo patético late la tiranía y que constituye una alegoría poética de la imposibilidad del hombre, en las dictaduras, por arrebatar una libertad que se le debe, imposibilidad que degenera en un sentimiento de culpa y en locura, proceso éste último que desarrolla con maestría "Los ángeles de hueso". Estamos aquí frente al más logrado de los textos de Veloz Maggiolo, quien pretende ilustrar la realidad a través de la imaginación desbordada y de un lenguaje que multiplica planos mentales bajando estadios desde la oscuridad del subconsciente hasta la cegadora luz del conocimiento.

Vendrá luego la experiencia de "El prófugo" y la más ambiciosa "De abril en adelante", novela de la revolución del 65, donde Veloz Maggiolo alcanza sus mayores logros en la estructuración novelesca. Pero es "El prófugo", noveleta de tema candente, la que nos interesa en estos momentos.

Aquí el autor no se da tiempo para pensar. Ve y escribe. De tan presente, de tan cercano, su personaje se le deshace en un primer plano brumoso. El prófugo es uno de los matadores de Trujillo, primero refugiado en la carbonera de una casa de esbirros del régimen, luego en una iglesia donde se le encuentra y se le asesina sin piedad. Como verán los que retienen aún en la memoria los detalles de la gesta de estos nueve héroes que clausuraron la Era más sangrienta de América, hay aquí una mezcla de fantasía y de realidad aplicables sólo a medias a un determinado protagonista del suceso real.

La mezcla de creación y recreación, de testimonio vivo y de testimonio resucitado (si se me permite la elipsis) es prerrogativa de todo narrador que se respete; pero así como la imaginación tiene las suyas, la realidad sorprende con sus trampas inevitables. La novela tropieza en una de estas precisamente por eso: por ser demasiado real y por no ir más allá de esa realidad. El mismo autor, con los años, ha menospreciado esta obra en la que esa relación, que pudo resultar alucinante, del matador con su víctima: el sátrapa, no se establece nunca. Se ha estudiado sí, en importantes relatos, la dualidad asesino-víctima ("Crimen y castigo" de Dostoievski casi agota la relación) pero no hay escritas novelas del dictador desde la perspectiva del que ajusticia, novelas que examinen la afinidad y la repulsión de estos dos polos en conflicto, mezcla de grandeza cívica, de responsabilidad social y de criterios éticos.

La narración de Veloz Maggiolo aparece más frustrante debido a que es la que más se acerca al tema, dejando abiertas sus posibilidades para luego huir sin intentar comprometerse. Por suerte estamos ante un sólido valor de la narrativa para el que esta equivocación no ha desviado sus ya abundantes y valiosas entregas dentro de un género en el que no titubeamos en ponerlo a la cabeza.

V

Hasta aquí los dos apartados principales que tratan al dictador de manera directa y a los que ha sido menester dedicar sucintos comentarios. Daré a seguidas un listado de obras que los lectores podrán consultar si desean extender sus investigaciones a los apartados 3, 4, 5 y 6.

Apartado 3:	Novelas o narraciones que tratan de los efectos de la dictadura en el pueblo:
Novelas:	"El Masacre se pasa a pie", de Freddy Prestol Castillo. "Los ángeles de hueso", de Marcio Veloz Maggiolo. "Los algarrobos también sueñan", de Virgilio Díaz Grullón. "La telaraña", de Diógenes Valdez.

Cuentos:	"Rebeldes" y "El Ojo de Dios", de Hilma Contreras. "El coronel Buenrostro", de Marcio Veloz Maggiolo. "La noche se pone grande, muy grande", de Rene del Risco. "Callejón sin salida", de José Alcántara Almánzar. "¡No ombe, no, qué va! ", de Rubén Echavarría. "Los trajes blancos han vuelto", de Miguel Alfonseca. "Monstruos de acero y de cristal en el espectacular viaje de un desaparecido", de Roberto Marcallé Abreu.
Apartado 4:	Novelas o narraciones que no se ocupan del dictador o de la dictadura, pero que los tratan episódicamente.
Novelas:	"De abril en adelante", de Marcio Veloz Maggiolo. "El escupido", de Manuel del Cabral. "Pisar los dedos de Dios", de Andrés L. Mateo.
Apartado 5:	Libros que sin ser de creación ofrecen testimonios personales de la dictadura y del dictador. "La palabra encadenada", de Joaquín Balaguer. "Trujillo, la historia oculta de un dictador", "La herencia del caudillo" y "Los cadáveres salen a flote", de Alicinio Peña Rivera.
Apartado 6:	Anecdotarios que ofrecen una historia viva de lo que el pueblo sintió, entendió y creyó del dictador y de la dictadura. "Cosas de Lilís", de Víctor M. de Castro. " Lilís y Alejandrito", de Vigil Díaz. "El tirano Ulises Heureaux", de Horacio Blanco Fombona. "Anecdotario de una tiranía", de Eduardo Matos Díaz. "Anecdotario de Lilís y de Trujillo" (varios).

VI

Hemos llegado al final de nuestra visión panorámica rastreando la presencia del dictador y de la dictadura en la narrativa dominicana y es justo que ofrezcamos algunas reflexiones adicionales. Empezaremos con la siguiente afirmación: los narradores dominicanos no han visto el tema con profundidad. Y algo más: no han querido verlo de frente, sino de soslayo, ya atemperándolo con mantos de imaginería, ya relegándolo a un trasfondo donde, para nuestra comodidad, puede olvidársenos fácilmente.

El fenómeno es apasionante y revela uno de los mecanismos de defensa más comunes en pueblos que tratan de asegurarse una tregua en la sucesión de sus desgracias; tregua que puede ser llamada escapismo o inconciencia y que sirve a menudo para que se gesten confusiones, para que se escamoteen datos y para que los responsables escriban la Historia a su manera. Así, habrá siempre que distinguir la historia escrita por y para servir intereses espúreos de familias o clanes políticos empeñados en su supervivencia, de aquella que, como ciencia del pasado, sirve para dar sentido a los hechos e iluminarlos.

La narrativa como la historia, y el caso de "Cementerio sin cruces" de Requena lo demuestra, sufre de los mismos conflictos e indecisiones. El dominicano odia la dictadura, pero parece exorcizarla a base de silencio. Como ha aprendido a vivir tanto tiempo dentro de ella, teme hasta su recuerdo y tiene de ese rostro tallado en hierro y sangre que ha escrutado sus más íntimos secretos, un miedo rayano en lo supersticioso. Es rostro que de tan próximo no ha podido conocer en su conjunto, razón de más para que quede desvalido cuando se levantan nuevos pedestales a los gobernantes de turno.

Creo que al narrador de hoy le toca contribuir con su obra al esclarecimiento de este asunto. El arte es lección de vida y correctivo, y a través de sus postulados se ejercita el pueblo en el análisis adecuado y en el sentimiento recto.

De Santana, Báez, Lilís y Trujillo, sólo Báez no ha merecido la atención de los narradores y creo que con ello hemos despreciado una coyuntura dramática de primer orden. Es ya lugar común el enfrentamiento del dictador con el pueblo o con sus representantes activos, los cabecillas de una revolución cualquiera. En cambio Báez y Santana tuvieron que enfrentarse a otras figuras que los superaban en magnitud y basta con la mención de Duarte, quien ya había recibido la consagración con el título que se le dio en Santiago de "Padre de la Patria", por ser el legítimo creador de la República.

Es en este enfrentamiento donde podría alcanzarse lo distintivo en nuestra novela de dictadores. Logrados ya los ribetes gruesos del carácter como son la arrogancia, la ambición, la crueldad, el ansia de posesión, y los ribetes delicuescentes de la melancolía, la depresión, el amor filial y el paterno en sus aspectos de aflicción y ternuras compensativas, faltarían los matices más hondos del poder, mezcla de grandeza y de insuficiencia personal, de patriotismo en lucha con nociones contradictorias de hegemonía y dependencia, de humanismo en medio de valores éticos y sociales.

Santana o Báez frente a Duarte, en la coyuntura de una república naciente que está expuesta a pervivir o a perecer, representan la problemática más alta dentro del tan debatido tema de las dictaduras. Es donde la Historia dominicana toca las alturas del mundo griego, para cuyo tratamiento correcto se necesitaría un aspirante a Homero, en sus aspectos varios de historiador, poeta y creador de mitos.

A pesar de lo antes expuesto, quedarán siempre problemas por resolver, como son los de la creación y de la técnica, los del habla poética y la poesía heroica, los del mito y la realidad, lo que la lengua esconde y revela sólo por el trabajo que los grandes talentos se conceden como un medio de acceder a las alturas de lo que vulgarmente se llama inspiración.

Otro factor, ya lo apuntamos al principio, es nuestra falta de madurez reflejada en la limitación temática y en la dificultad para sobrepasar la letra alcanzando una pluralidad de planos léxicos de gran riqueza emocional. Pero esto ya apunta a la generalidad de la escritura y no a lo determinante del tema que venimos tratando.

Podían agregarse a estas reflexiones la dependencia que en la actualidad provoca el tema a obras que de golpe se han colocado en la cumbre de la literatura americana. Si "Tirano Banderas" fue el introductor del dictador latinoamericano, especie común a nuestras tierras (el Rosas de Mármol, el Duval de Huidobro, el Gran Burundum Burundá, de Zalamea, pertenecen a diversas concepciones históricas y poéticas y se puede decir que a tierras más templadas) modelo inmediato de Asturias, ya la galería de los grandes óleos se ha agrandado hasta el extremo de amedrentar a los que aún trazan sus esquemas al carboncillo.

Si García Márquez nos ha tomado los materiales con tanta alevosía que el intento de Serulle por rescatarlos ha redundado en contra suya, quedan los escritores dominicanos sometidos a un reto que sólo un artista muy preparado podrá recoger y una imaginación rica en experiencias rectoras llevar a buen término.

Reiteramos que hasta ahora para nosotros el dictador ha sido, en el marco de la ficción, un hombre rígido, el malo de los *westerns* con una visión casera de la bondad (es buen hijo y buen padre) con un altruismo teatral y con grandes espectaculares gestos (por lo general del tipo pícnico, de temperamento cicloideo o ciclotímico, el extrovertido de Jung) hombre pulcro, sexualizado al máximo y con tendencias maníaco-depresivas. Sin embargo, la literatura sólo ha apuntado estas cualidades, absteniéndose de desarrollarlas. O sea, ha recreado a un hombre sin transiciones ni matices, un hombre fuerte del que se han escondido las debilidades más íntimas. Y es en esas debilidades donde el arte se apoya. La grandeza empieza a ser tragedia cuando se nos presenta vulnerable. El artista describe al átomo enfermo y lo explora; la grieta del edificio, y la configura en el ánimo de los inquilinos. En el comienzo de toda muerte siempre estará un artista para presenciar el proceso.

Es lo que ha faltado al narrador dominicano cuando del dictador se trata: audacia y sobre todo precisión para descubrir la debilidad en la fuerza, la sumisión en el poder, la incapacidad en el arrojo, la lacra en el pecho que ostenta las condecoraciones.

Sólo el narrador que aborde esta proeza podrá decir que ha dado al mundo una nueva faceta de personaje tan repetido y de tan escasas alternativas como es el dictador, personaje que ha subido a un primer plano en la preocupación de los grandes artistas del presente.

NOTA

1. Federico García Godoy tiene en Georgilio Mella Chavier un destacado alumno. "Laudin debe a Guanuma" la ambientación histórica, parte de las facetas de Santana que en el Capitule. "El Ocaso de un Astro" se destacan como lo más logrado y esta peripecia final de Ezequiel Tavares, inspirada en aquel parlamento de *Guanuma* que dice así:

"—Virico García. Varias veces me dijo que mientras viviera Santana estaría a su lado Y ha cumplido su palabra. Muerto su jefe y protector se ha ido donde lo llamaba su deber y sus sentimientos de dominicano..."

EL DICTADOR EN LA NOVELA LATINOAMERICANA. Ponencias de un seminario realizado los días 2, 3 y 4 de octubre de 1980. Santo Domingo: Voluntariado de las Casas Reales, 1981?, pp. 111-145.